

I Jornadas de Género y Diversidad Sexual:

Políticas públicas e inclusión en las democracias contemporáneas.

Facultad de Trabajo Social

Universidad Nacional de La Plata

La Plata, 24 y 25 de Octubre de 2014.

Título de la Mesa Temática: Géneros y cuerpos

Título de la Ponencia: Cuerpos que importan en Intervalo

Apellido y nombre de las autoras: Arreyes, Stephanie; Carbajal, Florencia; Montes Paez, Florencia; Rivero, Maura.

Pertenencia institucional: Centro de Integración Monteagudo, Proyecto 7 - Gente en Situación de calle, Asociación Civil No Tan Distintas - Mujeres en situación de vulnerabilidad social.

Correos electrónicos:

stephaniearreyes@gmail.com

florenciapaulacarbajal@gmail.com

montesflorencia@hotmail.com

rivero.maura@gmail.com

Cuerpos que importan en Intervalo

La reflexión inscripta en este trabajo emerge de la mirada construida por el material audiovisual “Intervalos¹” sobre el Taller de Géneros “Cuerpos que importan²”. El destinatario de esta experiencia estaba, en sus rasgos más generales, previamente establecido: varones que se encuentran en situación de calle y que habitan en el Centro de Integración Monteagudo (CIM). El video “Intervalos” que resultó de esta experiencia se convirtió en una transposición audiovisual respecto de lo que sucedió en el taller. Tanto el video como este trabajo reflejan y refractan algunos de los resultados a los que arribamos, así como también expresan la reflexión sobre las prácticas y las necesidades que surgieron a partir del diálogo sostenido con los participantes como parte de un proceso que implica conocimiento y acción. La estética del video, atravesada por la itinerancia de los participantes, muestra la complejidad del tema: la dificultad de los varones para sostener la palabra, la mirada y el compromiso de su cuerpo. Interpelamos entonces a los cuerpos en escena desde regímenes de visibilidad y textualidad.

El CIM es gestionado por la Asociación Civil Proyecto 7, que participó en la elaboración de la Ley 3.706 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), que protege los derechos de las personas en situación de calle y en riesgo a estarlo. Al presente, muchos de los habitantes del CIM forman parte de Proyecto 7, ya que entienden que es necesaria la organización política y social para exigir la plena aplicación de la ley que promueve, entre otras cosas, los paradores abiertos las 24 horas, los 365 días del año, así como también acceso pleno a los servicios socioasistenciales. En la actualidad, el CIM es el único parador de la CABA que no cierra sus puertas en ningún momento del día, distanciándose así del funcionamiento de las instituciones disciplinarias. ¿Por qué habilitar la palabra y la reflexión sobre los géneros en este espacio? O, mejor dicho, ¿por qué no? Si algo que todos y todas tenemos en común es que nuestros cuerpos cargan con diversas marcas que evidencian la configuración social de los géneros.

Este desafío fue algo un tanto vertiginoso ya que, a primera vista, nos encontramos con una masculinidad en apariencia determinada y determinante, un género que se mostraba seguro de ser obra “propia”, el orgullo de ser “macho”. Estos varones, habitantes del CIM, surgen del margen en busca de su lugar en la sociedad, en busca del reconocimiento en tanto sujetos sociales. Es decir, nos encontramos ante una situación particular: los varones del CIM

¹ Realizadoras Audiovisuales: Florencia Jaworowski y Bárbara Lago.

² Taller gestionado para dictarse en el Centro de Integración Monteagudo (CIM), un parador de la Capital Federal ubicado en la localidad de Parque Patricios. El CIM surge con la administración de la Asociación Civil Proyecto 7 - Gente en Situación de Calle (www.proyecto7.org) y actualmente alberga a 120 varones (mayores de 18 años) que se encuentran en situación de calle.

se presentaban como víctimas de la situación de calle pero, asimismo, como seres activos en relación a sus vínculos con el otro género (el que seduce, el que golpea, el que mantiene, el que traiciona, etc.). En este sentido, el taller se propuso reflexionar acerca de los cuerpos y sus hábitos. A partir del trabajo de Judith Butler en “Cuerpos que importan” y retomando el debate respecto de la tensión sexo/género -como una marca, un dato biológico o una producción de sentido-, el taller se configuró como un torrente de preguntas direccionadas a los cuerpos de estos varones y también a los nuestros.

El video intentó captar lo minúsculo, eso que aparece en los pequeños desplazamientos, en esos momentos de total apertura, de total sinceridad. Intentó dar cuenta de los rasgos expresivos individuales que nunca pueden unificarse, volverse orgánicos e identitarios. Esa imagen que siempre es menor, mezcla, irreductible ilusión, futuro potencial, multitud que no puede unificarse sino a costas de aburguesarse y fijarse en una identidad, es para nosotras una materia a discutir. ¿Qué pasa cuando mujeres empoderadas de su propia realidad se sientan a hablar con ellos sobre los géneros y los cuerpos? ¿Qué pasa cuando una mujer los filma mientras dudan, se cuestionan, se castigan, lloran? ¿Qué les pasa a estos varones con estas mujeres? ¿Por qué las escuchan? ¿Qué querían estas mujeres que pasara con estos varones?

En este taller nos propusimos evitar discursos y prácticas que nos condujeran a un lugar ya conocido al momento de abordar los géneros; el espacio no podía construirse a partir de pensar la desigualdad histórica y, por consiguiente, posicionarnos como mujeres que reaccionan contra (y no con) esos varones. Por el contrario, entendemos que habilitar el debate sobre los cuerpos tiene como fin pensar el cuerpo propio y su relación con el resto, deconstruirlo social e introspectivamente para, así, prefigurar juntos (varones y mujeres) prácticas más sinceras con cuerpos que importan.

Entendemos que existen prácticas concretas donde es inevitable *poner el cuerpo para pensar el cuerpo* y es por ello que nos interesa compartir una experiencia en devenir, donde los cuerpos, los géneros y los sexos jugaron un papel central. Así también mostrar de qué modos particulares y ambiguos, las categorías discursivas que sostienen el debate actual en el campo teórico se inscriben en los cuerpos en situación de calle que, muchas veces, se encuentran al margen de estas concepciones.

Primer Intervalo: Cuerpos en situación de calle

En el desarrollo de nuestro trabajo recuperamos la noción de cuerpo de Butler:

“el ‘cuerpo’ es en sí una construcción, como lo son los múltiples ‘cuerpos’ que conforman el campo de los sujetos con género. No puede afirmarse que los cuerpos posean una existencia significable antes de la marca de su género; entonces, ¿en qué medida *comienza a existir* el cuerpo en y mediante la(s) marca(s) del género? ¿Cómo reformular el cuerpo sin verlo como un medio o instrumento pasivo que espera la capacidad vivificadora de una voluntad rotundamente inmaterial?” (Butler, 2008: 58)

Estar en situación de vulnerabilidad significa estar en riesgo y un cuerpo en vulnerabilidad social es un cuerpo que se encuentra marcado por el lugar que ocupa en la ciudad que habita. Nos referiremos a un tipo específico de vulnerabilidad, característico de las sociedades modernas: la situación de calle. Entendemos por situación de calle a aquella categoría que incluye tanto a las personas que se encuentran efectivamente en la calle (a las que en otros países se refiere como 'sin techo') como a las que están en riesgo de situación de calle. Este último grupo abarca a los alojados en lugares habitacionales transitorios como paradores nocturnos, hogares de tránsito, hoteles familiares y/o a quienes sufren dificultades que, si no son tratadas oportunamente, acrecentarán el problema de la situación de calle a corto plazo³.

Nos interesa concentrarnos en la noción de *cuerpo* de las personas en situación de calle porque es el único *bien* (Palleres, 2004: 140) que estas personas poseen; dada la situación de extrema vulnerabilidad social, el cuerpo se mercantiliza y no sólo adquiere un valor de uso sino, muchas veces, uno de cambio. Entonces, ¿cómo se conjugan las construcciones de un cuerpo doblemente marcado por el género y *la calle*?

Un cuerpo en situación de calle es un cuerpo que perdió su hogar o, incluso, nunca lo tuvo. Es un cuerpo que intenta habitar el espacio público, que se encuentra a la vista del resto de la sociedad y que, por ende, carece de privacidad. La pérdida de lugar no “sucede de una manera abrupta o repentina salvo por el hecho de despertar una mañana y darse cuenta de que no se es dueño, ni se pertenece a nada. Comienza así una especie de confinamiento que no tiene final aparente. El andar hasta encontrar un lugar es similar a un exilio, pero éste se da en la propia sociedad.” (Palleres, 2004: 91).

³

Ley 3.706 de la Ciudad de Buenos Aires, sancionada en Diciembre 2010.

El paradigma hegemónico actúa performativamente sobre nuestros cuerpos, exigiéndoles el cumplimiento de determinadas prácticas económicas, sociales y culturales vinculadas siempre a la reproducción de dicho paradigma y a la expulsión de determinados cuerpos al “afuera” a fin de disciplinar al resto. Los cuerpos en situación de calle son doblemente castigados: no sólo son arrastrados al margen, sino que además se les hace creer que han sido ellos mismos los responsables de dicha situación por no dar con las prácticas exigidas. Aun así, estando en la calle, no les es lícito habitar ese afuera ya que la noción de lo público existe en tanto que admite, *a priori*, lo privado. Como las personas en situación de calle carecen del ámbito privado, se les niega consecuentemente el acceso a los ámbitos públicos.

“El cuerpo sin hogar es un modo particular de corporeidad que surge en circunstancias contingentes y marca la exclusión de la persona de los espacios públicos. Excluida de tales espacios, las personas se ven en la necesidad de mantenerse en continuo movimiento, presentándose como una amenaza constante para el espacio público y el uso del mismo. Dicha amenaza es a la vez ideológica –con su sola presencia la persona cambia la definición de los espacios– y física porque el cuerpo utiliza estos espacios. Se produce así una doble minimización en lo físico (lo público) y en lo psíquico (el cuerpo): la persona se ve minimizada en su ser y en su extensión”. (Palleres, 2004: 91)

Sin embargo, en su constante itinerancia de un lado a otro y en la búsqueda de recursos que les permitan satisfacer sus necesidades y sobrellevar las condiciones de violencia que implican vivir en la calle, estos cuerpos buscan construir un *espacio individual* (Palleres, 2004: 105), simbólico y físico, donde permanecer por más tiempo, generar un *estar aquí y ahora* (Palleres, 2004: 116) en el cual anclarse espacial y temporalmente. Es por esto que las personas en situación de calle se organizan en ranchadas, se vinculan y configuran roles. Estos cuerpos que se ven obligados a habitar un espacio distinto también se ven obligados a adoptar otras prácticas (deambular, consumir, “manguear”, “punguear”), en tanto que lo que se espera de ellos es que fracasen, para reforzar así la idea de que la situación de calle existe porque se elige.

En esta dirección es que admitimos la posibilidad de concebir un cuerpo en situación de calle como un cuerpo en intervalo: un cuerpo al margen que logra construir *un aquí y ahora donde* anclarse, que es asimismo pasaje entre un lugar pasado del que fue excluido y un lugar posible a proyectar. Los cuerpos en situación de calle habitan los espacios “utilizando al

cuerpo no sólo como vehículo sino también como vínculo” (Palleres, 2004: 142). En este sentido, estos cuerpos se reconocen al margen del resto y desde su *estar aquí y ahora* son capaces de proyectar otros espacios y usos de esos espacios.

Segundo Intervalo: Centro de Integración Monteagudo

Emerge el intervalo y ahí están esos cuerpos marginados, cuerpos arrojados al mundo del hedor que irrumpen en el mito de pulcritud de nuestras ciudades. Frente a esta situación la respuesta más tradicional se ha abocado a enfatizar la condición del *humilde*, un discurso que convoca a esos cuerpos y enseña la posibilidad de no cuestionar esa situación, de conformarse con su condición. Las prácticas llevadas a cabo por el modelo asistencialista conducen al cuerpo a permanecer en situación de calle. Bajo esta metodología asistencialista el intervalo pierde su potencialidad, en tanto que se convierte en un espacio muerto en donde no hay lugar para la problematización y superación de la problemática.

Por el contrario, en el CIM se trabaja a partir de ideas que rigen lo cotidiano: respeto, dignidad y consenso. Hay diversos talleres y se conjuga el trabajo de varios profesionales en pos de habilitar un espacio de reflexión y acción de los cuerpos, acompañando los tratamientos relacionados con el bienestar emocional y físico. El objetivo del CIM es poder lograr un proceso de fortalecimiento de las personas desde el momento que llegan hasta que se van. Horacio Ávila, su director, dice: “Somos conscientes de que estos lugares no son la solución, que la solución es romper con el entramado asistencialista y generar verdaderas políticas de vivienda”.

El CIM tuvo que romper con muchas *maneras de hacer y formas de asistir* a la persona que se encontraba en situación de calle. El abordaje se planteó desde lo multidimensional e interdisciplinario que requiere la problemática. No sólo era necesario plantear otra manera de estructurar los manejos cotidianos en los paradores de la CABA, sino también pensar respecto de lo que le sucede a quien atraviesa la situación de calle. Proyecto 7 asumió la responsabilidad de mostrar que otros caminos son posibles y que, a través de un trabajo colectivo, es factible salir de la situación. Para este enfoque trabajar sobre lo real implica habilitar el espacio de escucha, acompañar al otro en el proceso de identificación del deseo, aunque a veces signifique abandonar y/o transformar las concepciones que se tienen respecto de los mandatos culturales, familiares, laborales, etc. (Libro de Proyecto 7. Manuscrito no publicado.)

El CIM interpela a dichos cuerpos a sanar pero cuestionándose prácticas, delimitando

propósitos y pensando a sus integrantes como sujetos políticos. En la construcción colectiva del bienestar aparece una nueva manera de mirar y practicar lo político. El intervalo puede habilitar un momento de reflexión, de problematización, una búsqueda de una mejor manera de habitar la vida: “La transitoriedad del Monteagudo no se da por tiempos acotados de permanencia en el lugar, sino con la posibilidad de transitar con un objetivo para llegar a determinado fin, que incluye el establecimiento de un proyecto de vida y de superación.” (Libro de Proyecto 7. Manuscrito no publicado.) Bajo la simple pero compleja premisa de que *la calle no es un lugar para vivir*, el CIM se pregunta por los motivos económicos, sociales y políticos que generan y permiten la vida en la calle.

El CIM retoma el momento de intervalo, dialoga con cuerpos comprometidos con su *mero estar* pero cuestionando las condiciones de existencia de dicho cuerpo, un cuerpo presente pero aislado. Es así como la fuga del tiempo y el espacio potencia el encuentro con la libertad y la transformación.

Esta propuesta de emancipación va acompañada de una enorme responsabilidad ya que el CIM se sostiene en los 120 compañeros que lo habitan. El espacio para el diálogo y el incentivo a la sinceridad y la verdad se multiplican a fin de establecer una relación con el otro basada en el compromiso del bienestar colectivo. Los talleres, las charlas y, principalmente, la asamblea posibilitan la expresión, la puesta en palabras de aquello que piensan, sienten y opinan sobre la mejor manera de administrar el espacio común y, sobre todo, el intervalo.

El varón en situación de calle, en el CIM, tiene la posibilidad de pensarse y reconocerse como un sujeto político. Un cuerpo que sabe y puede gobernarse como sujeto libre no sólo en lo que piensa sino también en sus prácticas. Pero esto no es posible si no se le da lugar a que cada cual se reconozca en ese intervalo y comprenda la potencia de éste. Esta comprensión se apoya en la forma de la organización colectiva, en el pasaje de un cuerpo individualizado a uno colectivo, en la apuesta a la construcción entre todos y en el reconocimiento de cada uno de ellos como sujetos que luchan por derechos que les son negados.

Tercer Intervalo: Una querrela entre masculinidades

La pertenencia de estos varones al CIM es atravesada por la experiencia vital de la lucha social, así como también por una forma de divulgar la problemática y la acción política de la gente en situación de calle. De ese modo, no sólo representan el funcionamiento interno

del CIM sino que también se hacen cargo de “la voz de la calle”, como lugar de resistencia y militancia por el cambio⁴.

Este planteo nos permitió a nosotras ubicarnos en una perspectiva de trabajo muy concreta al momento de proponerles repensar juntos ciertas prácticas de sus cuerpos. Como verificamos un cuestionamiento de la experiencia vital de esos cuerpos en el margen respecto de una lucha política al interior del capitalismo, propusimos trasladar ese cuestionamiento a las prácticas de las masculinidades. Este desplazamiento se daría a partir de la problematización de la *masculinidad hegemónica*, entendida como aquella “que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable.” (Connell, 1995: 11).

¿Cuál es la relación de esos cuerpos con lo propuesto por la masculinidad hegemónica? A lo largo del taller, intentamos un desplazamiento del lugar común *femenino versus masculino* para, así, hacer dialogar *masculino versus masculino*. Reconstruimos una noción hegemónica de masculinidad y abrimos espacios de emergencia para las configuraciones de masculinidades específicas, subalternas, propias. Nuestro punto de partida fue la experiencia de esos cuerpos que ya se saben al margen, que son, de hecho, atravesados por prácticas vitales de resistencia y luchas minoritarias, cuerpos que cuentan con el hábito del cuestionamiento respecto del poder hegemónico. Entonces, ¿por qué no debatir con esos cuerpos las identidades de género? ¿Cómo ejercen ellos la masculinidad? ¿Qué relación se establece con la masculinidad hegemónica? ¿Cómo evidenciar la tensión que se da, al margen, con ésta? Abrir algunos de esos interrogantes fue parte de la tarea que nos propusimos en el taller.

Sostuvimos que la violencia que ejerce sobre los cuerpos el capitalismo y el patriarcado posee la misma intensidad y que, si estos cuerpos son capaces de interrogar desde sus fundamentos el funcionamiento del capitalismo, están convocados también a hacerlo respecto de las prácticas de sus masculinidades en tanto se distancian de las prácticas de la masculinidad hegemónica.

A través de varias actividades y debates propuestos en el taller, los integrantes del CIM dieron cuenta de un corrimiento de su masculinidad respecto de la socialmente esperable en función de sus recorridos vitales, por ejemplo, ser buen padre, sostener económicamente a la familia, ser un trabajador –frente a las experiencias del abandono del hogar, la pérdida o la

⁴ En el CIM existen también una revista y un programa de radio que intentan consolidarse como un lugar de referencia en cuanto a los debates actuales respecto de las problemáticas sociales que conciernen a las personas en situación de calle.

imposibilidad de sostener un trabajo, el ser adicto, golpeador, etc.–. Pudieron vislumbrar que, efectivamente, la violencia de aquel sistema económico y político, que no cesa de marginarlos y excluirlos frente a la posibilidad de gozar de una vivienda, es proporcional a la violencia con que la construcción histórico-social de una identidad masculina ligada a un falocentrismo los oprime. La violencia se trama en sus cuerpos. “La demanda de la identidad es un principio culturalmente limitado de orden y jerarquía, una ficción reguladora” (Butler, 2008: 83) y, ante esa demanda, no hay más que la experiencia de frustración, de encontrarse una y otra vez excluidos. Algunos de estos casos basan su experiencia en que fueron expulsados de sus hogares o abandonaron a sus familias, se sienten cobardes por no haber actuado de otro modo o por no haber enfrentado sus problemas; pero vemos que, incluso aquí, aparece el discurso de la masculinidad hegemónica como parámetro regulador de sus aciertos y sus errores. La frustración es doble y se culpabilizan también por no poder responder a los mandatos culturales establecidos para los varones. Decir estrictamente que los varones oprimen a las mujeres es remitirse a un reduccionismo que, de hecho, rectificamos en el taller “Cuerpos que importan”: aquí encontramos masculinidades también oprimidas -y no sólo en términos clasistas-. La masculinidad hegemónica es externa, omnipresente y consensuada, empuja desde y hacia el otro lado de la frontera todo aquello que no cumple con los cánones. Esta masculinidad hegemónica no la encontramos aquí encarnada, sino más bien fragmentada, adherida -sin fórmulas *a priori*- a diversos cuerpos y experiencias.

Los varones del CIM se cuestionan el orden establecido, reflexionan y se posicionan respecto a una sociedad que los dobló de alguna u otra manera, que los puso en un lugar de resistencia. Pero no es certero considerar que los habitantes del CIM, por el modo en que transitan el segundo intervalo descrito y cuestionan la estructura política y social, también objetarán rápida y fácilmente su relación con la masculinidad hegemónica; este recorrido requiere de esfuerzo ya que la violencia que el patriarcado ejerce sobre los cuerpos de estos varones parece prometerles que todavía pueden ser "machos". Sin embargo, en el transcurso de esta experiencia fue posible cuestionar aquellas prácticas que los expulsaba del círculo de legitimidad, el taller se propuso poner en tensión al género, repensar interpretaciones que se forman y transforman con el paso del tiempo, tal vez por lo bajo o en lo silencioso de las experiencias.

Las subjetividades se crean y mutan a partir de esa oscilación entre las prácticas y representaciones constituyentes de la masculinidad hegemónica así como también de la *masculinidad marginada* (Connell, 1995: 16). Ambas deben ser entendidas como aristas de una estructura mayor, donde la primera incluye las respuestas y acciones que legitiman el

patriarcado, donde los varones adhieren a una posición de supremacía frente a las mujeres, posición consensuada o, más bien, aceptada -como un leve abandono-. Pero, justamente, las relaciones que nacen a partir de estas premisas son móviles y conllevan un flujo, no sólo con la feminidad, sino también con otras masculinidades que se encuentran fuera del círculo de legitimidad. Si bien estas masculinidades -otros modos de estar en el mundo- son parte de un mismo movimiento, todas quedan por fuera de los límites de lo hegemónico, todas son constitutivas: no podría existir un adentro si no hubiera un afuera que represente esa *otredad*.

Entonces, encontramos que los varones que participaron del taller también fueron y son afectados por esta masculinidad hegemónica que les impone una representación arbitraria y dominante, que les llega desde afuera y se hace sentir como imperiosa e imprescindible: en la relación con el otro, ellos también recibieron un sitio, un deber-ser, una concepción del mundo que, por acarrear con un género y no el otro, les asignó un rol social, una misión, un objetivo para nada natural. La propia socialización que los varones atraviesan -y muchas veces sufren- conduce a masculinidades propias y siempre particulares, a una concepción del mundo que es producto, a su vez, de una estructura siempre cambiante de relaciones.

Reflexiones finales

Sería pretencioso de nuestra parte titular este apartado "Conclusiones" ya que, a partir del taller "Cuerpos que importan", surgieron más interrogantes que certezas, más disparadores que cierres. Entendemos que la querrela en torno al concepto de identidad y su contiguo debate de inclusión-exclusión es un problema mayor que aparece cada vez que sustancializamos las posiciones, fijamos las apariencias y nos basamos en un pensamiento de carácter binario; por eso nos pareció interesante trabajar desde una perspectiva que convocara desde el margen a repensar las prácticas de estos cuerpos marginados.

La delimitación de las identidades y las alteridades encuentran su estabilidad socio-cultural en su relación con el territorio, definido como lugar (sus límites y fronteras) y la construcción espacio-temporal. En otras palabras, el aquí y ahora "sitúan" y estabilizan, localizando espacial y temporalmente, a las identidades. Por eso, les propusimos en el taller pensar el *yo corporal (sus masculinidades)*, no como una sustancia previa, fuerte, única y poderosa, sino, a lo sumo, como un límite, una laminilla, o una frontera lábil; porque cuando las identidades advienen, no puede haber más que incluidos y excluidos. Si nos asumimos de antemano perforados y porosos, podemos crear a partir de cada agujero un canal de huída, un canal mediante el cual tender puentes de aproximación.

Afirmamos que existe una potencia inherente a un cuerpo en situación de calle, un cuerpo sin vivienda, un cuerpo sin límites, un cuerpo que lucha y resiste; convocamos entonces esa potencia para pensar las relaciones genéricas y sus prácticas desde los bordes, no como lugar de barrera o separación, sino como un intervalo, como una bisagra que fluye entre la frontera. El intervalo como categoría construida para compartir nuestro trabajo, también está constituido por distintos momentos (otros intervalos) que hemos tratado de identificar a fin de significar el proceso que atravesaron nuestros encuentros. El primer intervalo es el planteado por la situación de calle, en tanto cuerpos individualizados y suspendidos de los parámetros hegemónicos y arrojados al margen, anclados en un *aquí y ahora* que han tenido que construir para sobrevivir en la vulnerabilidad. El segundo intervalo se traduce en los cuerpos habitando el CIM como momento de sinceramiento y de problematización política donde evidencian su condición de marginados y entienden que la organización colectiva les permitirá exigir el pleno cumplimiento de sus derechos. El tercer intervalo aparece como el desplazamiento que esos cuerpos realizan de los cuestionamientos sistémicos al cuestionamiento de los géneros: la potencialidad que adquieren las masculinidades marginadas cuando se animan a cuestionar las masculinidades hegemónicas. Estas situaciones de intervalo constituyen a estos cuerpos y éstos devienen en cuerpos que importan: el intervalo es el entretiempos y el entrelugar que habilita el empoderamiento.

Los cuerpos en intervalo son cuerpos con potencialidad para disputar poder y, en este sentido, son cuerpos revolucionarios. Cuerpos disruptivos, que cuestionan, que duelen, que desean, que transforman, que se manifiestan, que se rebelan, cuerpos que importan en intervalo y con el derecho también a equivocarse.

Bibliografía

Butler, J. (2008). *El género en disputa*. Buenos Aires: Paidós.

Connell, R. (1995). "La organización social de la masculinidad" en Valdés, Teresa y Olavaria, José (edc.) (1997): *Masculinidades: poder y crisis*. FLACSO: Ediciones de las mujeres N° 24.

Manuscrito no publicado: Libro de Proyecto 7 - Inédito

Palleres, G. (2004). *Conjugando el presente*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología